



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10831

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 14 DE ABRIL DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimir 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

LA SUSCRIPCIÓN NACIONAL

En el último Consejo celebrado por los ministros que lo aprobó el decreto ordenando abrir la suscripción nacional para allegar recursos con que fomentar la Marina de guerra.

Dicho decreto habrá sido puesto ya a la firma de la Reina ó será firmado hoy en el Consejo que se celebre en Palacio y á partir del momento en que lo publique la «Gaceta» podrán los que se precien de patriotas hacer sus donativos para empresa tan loable.

Conociendo los antecedentes de ese decreto, que ha estado dos veces para ver la luz y se deluvo no sabemos por qué, aunque sospechamos que por consideraciones de política internacional, parecemos que su publicación ahora significa que se nos va la confianza que pudiéramos tener en la influencia de las potencias.

El mensaje de Mac-Kintley es una amenaza. La doctrina en él sustentada es un ataque á nuestra soberanía y á nuestro dere-

cho; y como será necesario apelar á la defensa cuando las amenazas contempladas en aquél vayan á condensarse en hechos, bueno es que nos preparemos para cumplir nuestra misión, que no es por cierto la de anularnos ante las bravatas de la América del Norte.

El texto del decreto que ha de dar vida a la suscripción nacional puede condensarse en esta frase: «La patria está en peligro.»

A ese grito que no ha sido dado por nadie, pero que está en la conciencia de todos, responderán seguramente todas las clases de que se compone la española sociedad. Y el pobre llevará a la suscripción su modesta moneda para confundirla con el puñado de billetes que dará el que tuvo la suerte de labrarse una fortuna; el alto empleado cederá parte de su sueldo para atender la voz de la patria que reclama su auxilio; las corporaciones oficiales llevarán al monedero donativos parte de sus presupuestos; las de recreo se disputarán la gloria de acudir las primeras para dar su óbolo, y la nobleza, la banca y el clero cumplirán como han cumplido siempre que han oído esta voz angustiosa que suena callada en los oídos españoles.

¡La patria está en peligro!

Quien tenga algo que dé poco; los que tengan mucho que den lo que puedan; los que solo por cumplir concurren a la suscripción, más vale que no se lleven la mano al bolsillo porque la moneda que contribuyan no les ha de acreditar de patriotas.

Los resultados que con la colecta se obtengan van a hacer fón de nuestro patriotismo ante el extranjero. Si es grande, seremos admirados una vez más por los que tanto nos admiran. Si es pequeña, nos subiremos sobre el ridículo.

Se necesita para defender la patria un río de sangre y otro río de

oro. El primero lo darán los de siempre: los soldados; el segundo deben darlo los que son españoles y no pelean.

La patria está en peligro y necesita el mayor esfuerzo de todos sus hijos. ¿Quién será tan desconsiderado que se lo regatee?

CONGRESO INTERNACIONAL DE HIGIENE Y DEMOGRAFÍA.

Apesar de la intranquilidad que reina en España, á consecuencia de las preocupaciones que le acarrea la cuestión pendiente con los Estados Unidos, el congreso cuyo nombre encabeza estas líneas se inauguró el domingo y sigue funcionando con gran actividad.

Cualquiera diría al ver ese torneo al cual cada uno lleva sus conocimientos, sus observaciones, los datos que tras larga experimentación ha podido obtener, que España es una población de pre-onto feliz y de porvenir dichoso. Y sin embargo, no es así: más España sabe lo que debe á los sabios que ella misma ha invitado al congreso, y esclava de la compostura y del bien parecer, olvida ó parece olvidar lo que desde lejos le conmueve y se dedica á cumplir deberes hospitalarios solo apreciables por los que están en el secreto.

Seguramente no hay á la hora presente nación en el mundo más necesitada que la nuestra de que sean resueltos victoriosamente los temas sometidos al congreso.

Nuestros soldados regresan de Cuba y Filipinas anémicos, disintéricos, abrunados por la fiebre y aquí mueren muchos totalmente consumidos; nuestras poblaciones viven azotadas por la difteria, por la viruela, por el paludismo, por sinnúmero de enfermedades que toman carta de naturaleza entre nosotros y que haciéndose epidémicas nadie se molesta por tanto general en combatiirlas, salvo unas cuantas poblaciones que tienen por cosa importante la higiene y la Demografía, entre las cuales poblaciones se encuentra Cartagena.

Los trabajos realizados en este sen-

tido, recopilados por el Sr. Cándido, han sido enviados al Congreso de Madrid y examinados con interés, como igualmente los de Llerena, Sevilla, Santander y otras poblaciones españolas cuyos municipios prestan atención grande á estos asuntos.

La importancia que tienen lo prueba una comunicación pasada á la sección primera, clase segunda del Congreso, de la cual es secretario el Sr. Cándido, acerca de la mortalidad de la infancia y su estadística.

El discurso de nuestro representante acerca de dicho escrito sobre las causas de mortalidad en el primer año fué tan notable y apoyado en numerosas y acabadas estadísticas, que la sección lo acogió con entusiasmo y mereció felicitaciones calorosas del célebre Bertillon, jefe de los servicios demográficos de París.

Por consecuencia de esta discusión se ha hecho el nombramiento de una comisión para que emita dictamen sobre la formación de estadísticas en los diversos periodos de la infancia; siendo nombrados para formar la misma los doctores Sedlacek, Bertillon y Cándido.

Entre los escritos presentados al Congreso, según el «Diario» de las sesiones del mismo, que tenemos á la vista, figura uno de un médico español, en el cual se argumenta para probar que la tisis no se hereda.

GLORIAS NACIONALES

Derrota de los franceses en las cercanías de Castalla. 14 de Abril de 1813.

Hallándose el general Suchet encargado del mando de las tropas francesas que ocupaban parte de las provincias de Murcia y Alicante, por haber sido muy favorecido por la fortuna y por haber luchado siempre contra fuerzas muy escasas, con relación á las suyas, logró algunos triunfos, tales como hacerse dueño de poblaciones importantes.

El 11 de Abril de 1813 se apoderó de Villena y Yecla, y envalentonado por tanta victoria, el inteligente y valeroso soldado de Napoleón decidióse á seguir

adelante, en busca de tropas con que batirse y ansioso de nuevos laureles.

Por aquel entonces operaba en dichas provincias el segundo ejército español, á las órdenes de D. Francisco Javier Elío, al cual ayudaban en la defensa de aquellas tierras las tropas anglo-sicilianas que mandaba sir John Murray.

Resuelto el general Elío á interceptar la marcha al francés, envió contra sus huestes ropas bastantes para obligarle á retroceder, cuando, engreído por sus triunfos de Villena y Yecla, se dirigía á la parte de Castilla.

Las fuerzas aliadas, pertenecientes á las divisiones Whittingham, toda compuesta de mallorquines, Adam Macken-que Roche y Clitón, el 12 de Abril de 1813 ocuparon excelentes posiciones en las cercanías de Castalla, á las órdenes de Murray y en ellas esperaron á los franceses, los cuales, prometiéndoseles muy felices, traspasaron el puerto y angosturas de Biar y se presentaron en Hoya de Castalla, frente á las posiciones de las tropas aliadas, al amanecer del siguiente día.

Sin perder tiempo Suchet desplegó los 20000 hombres de que disponía, y al par que amagó á toda la línea enemiga; con tropas cacogidas envió al coronel D' Arbod contra la izquierda de las tropas españolas, que mandaba el general D. Santiago Whittingham, situada en unas alturas punto menos que inaccesibles.

El haber sido muy oportunamente auxiliados los mallorquines, por los soldados de D. Julián Romero, que desde Alcoy habían acudido al teatro de la lucha, dioles facilidad para rechazar sin grandes esfuerzos á los franceses, quienes contaron entre sus muertos á D' Arbod.

Reforzada la columna ofensora por cuatro batallones mandados por el general Rober, se repitió el ataque con tan desgraciado éxito como la vez anterior; y visto que tanto esos dos ataques como el amago hecho al centro é izquierda habían fracasado, Suchet replegó sus fuerzas y de nuevo atravesó el puerto de Biar, empujado por las tropas de Murray.

Los franceses tuvieron en esta ocasión cerca de mil muertos; las pérdidas de los nuestros fueron muy insignificantes, y más comparadas con las del enemigo.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 708

CARLOS II EL HECHIZADO

709

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 712

Diana quedó admirada al oír aquel sencillo relato que le recordaba una causa poderosa. Miró de nuevo á su amiga; estudió en silencio la extraña revolución de su fisonomía, y entonces se reprodujo en su memoria la escena repugnante que había presenciado entre el rey y Ana.

—¡Ah! dijo mirándola fijamente, ¿y no comprendéis cuál es el origen de vuestra dolencia?

—No.

La mariscalá quedó asombrada al ver la tranquilidad de su amiga. Le interesaba el destino de aquella joven y quería que fuese lo suficientemente franca para ocultar las consecuencias de aquel mal. Si; Diana había conocido con ese prodigioso instinto de la mujer cuál era la enfermedad que le aquejaba. Había presenciado la causa y ahora descubría el efecto. La enfermedad de Ana eran los primeros síntomas de la maternidad; el primer sacudimiento de la naturaleza cuando esta encierra en sí el germen sagrado de otra vida. Ana estaba en cinta.

La mariscalá estudió en silencio todos los síntomas, y quedó convencida. ¿Cómo, pues, abandonar á aquella joven á las funestas consecuencias de lo que ella creía un deslíz? Era preciso escudarla de toda sospecha, librar su honor manchado antes que el tiempo hiciese patente á todos el fruto de aque-

lla deshonra, pues estaba convencida que Ana era cómplice en aquel asunto. Llena de sentimiento no pudo menos de decir.

—Ana, perdonadme que sea franca con vos, pero hay momentos supremos en que es preciso hacer sacrificios inmensos para salvar nuestro nombre y nuestro honor. El cariño que os tengo os debe dar fuerza y energía para que me contestéis. ¿Me prometéis no ocultarme nada?

—Estoy pronta á todo, contestó la joven no comprendiendo lo que le decía su amiga.

—Bien; eso es lo que yo quiero, que seáis razonable. Ana, vos habeis amado mucho, ¿no es verdad?

—Sí, mucho; esa es mi desgracia.

—Ya me dijisteis algo la última noche que nos viámos, contestó Diana. Teníais un amor misterioso y hasta reprobado, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Faltábais á vuestros deberes?

—Tambien.

—Entonces ¿cómo es que no conocéis el mal que os aqueja?

Los ojos de Diana se fijaron en la tranquila fisonomía de Ana. Ni un destello de rubor ni de vergüenza apareció en ella, por lo que la mariscalá quedó admirada de tanto disimulo.

—Vuestros amores, vuestro secreto.

—Yo os los he contado.

—Pero habeis reservado lo principal. Ana, confiad en mí vuestros pesares... soy vuestra única amiga.

—¿Qué quereis que os confíe?

—Vuestro mal.

—¡Mi mal! ¿Pues estoy tan mala acaso?...

—¡Oh! ¿no lo conocéis? ¿No sentís palpar dentro de vos una cosa desconocida?

—Sí... sí.

—¿No sentís una especie de cariño é idolatría hacia cierto objeto interior, que parece estar suspendido de vuestras entrañas?

—Tambien.

—¿No habeis notado un cambio completo en vuestra naturaleza?

—Es cierto.

—Entonces, ¿porqué me negais lo que está patente? insistió Diana con cariñoso acento.

—¡Oh! yo no os niego nada, contestó la infeliz joven aturdida, y no sabiendo lo que le pasaba. Me habláis de mi enfermedad, de mi tristeza; de mis temores y á todo os contesto con sinceridad.

—Entonces creo que me habeis comprendido, amiga mía: por lo tanto es menester salvaros, sin